

A black and white close-up photograph of Paul Newman. He is looking directly at the camera with a serious expression. His right hand is raised, with his fingers spread, partially covering his face and eyes. The lighting is dramatic, highlighting the texture of his skin and the details of his hand. The background is dark and indistinct.

MEMORIAS  
AUTORIZADAS

PAUL NEWMAN

LA EXTRAORDINARIA VIDA  
DE UN HOMBRE CORRIENTE

*UNA AUTOBIOGRAFÍA*

LIBROS CÚPULA

**PAUL NEWMAN**

**LA EXTRAORDINARIA VIDA  
DE UN HOMBRE CORRIENTE**

*UNA AUTOBIOGRAFÍA*

**LIBROS CÚPULA**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Joanne Woodward Newman, 2022

Basado en entrevistas y anécdotas recogidas por Stewart Stern.

© de la edición del texto: David Rosenthal

© del prólogo: Melissa Newman

© del epílogo: Clea Newman

© de la fotografía de cubierta: Bruce Davidson / Magnum Photos

© de la fotografía de contracubierta: Hulton Archive / Getty Images

Traducción de Fco. Javier Pérez

Diseño de cubierta: John Gall

Primera edición: noviembre de 2022

This edition published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2990-6

D. L. B. 10.293-2022

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# SUMARIO

Prólogo	11
Prefacio	15
Capítulo I	17
Capítulo II	39
Capítulo III	51
Capítulo IV	69
Capítulo V	89
Capítulo VI	107
Capítulo VII	129
Capítulo VIII	147
Capítulo IX	169
Capítulo X	193
Capítulo XI	241
Capítulo XII	267
Capítulo XIII	285
Capítulo XIV	295
Epílogo	303

LA EXTRAORDINARIA VIDA DE UN HOMBRE CORRIENTE

Nota del editor	309
Nota sobre el autor	311
Nota sobre el editor/recopilador	313
Índice onomástico	315

## CAPÍTULO I

**E**stoy en mi casa de Connecticut, en la biblioteca, sentado en un elegante sillón junto a la chimenea. Acabo de fumarme un porro mientras recordaba con absoluta claridad el trazado completo del mapa del pueblo en el que pasé la infancia, Shaker Heights, Ohio. Está todo en mi memoria; aquello que ya tenía por muerto y enterrado, aquello que nunca pensé que recordaría...

Fue el lugar que me vio nacer en 1925. Por aquel entonces, Shaker Heights era el suburbio de Cleveland en el que los demás suburbios de Estados Unidos aspiraban a convertirse, el estándar por el que otros lugares prósperos se medían. Vivíamos en una espaciosa casa de tres pisos en Brighton Road, que se encontraba lejos de la zona más rica del barrio, pero desde luego la nuestra era una familia pudiente. Mi padre, Arthur, y su hermano, Joe (conocido como J. S., y que en su tiempo libre ejercía de prolífico autor de ripios populares), eran los dueños de la empresa de artículos deportivos Newman-Stern, situada en un edificio esquinero en el centro de la ciudad; en su categoría, solo la superaba la neoyorquina Abercrombie & Fitch.

Al haberme criado en Shaker Heights, aún recuerdo los carros tirados por caballos que llevaban cajas de leche o bloques de hielo. Nuestros colegios públicos eran considerados los mejores de Estados Unidos. Disponíamos de cientos de acres de bosque y

cinco lagos en los que pescábamos y explorábamos. La seguridad no fue nunca un problema; en verano, uno podía pasarse cuatro días en aquellos bosques y no sucederle nada malo. El máximo escándalo que sacudía el lugar era cuando los niños organizábamos una «guerra»; robábamos las estacas para entutorar tomates de los vecinos y las usábamos como lanzas, defendiéndonos con las tapas de los cubos de basura. Parecía un ritual de los nativos de Papúa Nueva Guinea.

Todas las familias eran blancas como la azucena; nada de extranjeros, tampoco una sola persona negra entre aquellas silenciosas calles y casas. Quizá los Newman fuésemos la primera familia judía en asentarse en Brighton Road, pero nos mostrábamos como cualquier otra; improvisábamos fiestas en el patio trasero, vendíamos limonada y hacíamos piruetas en nuestros columpios. Cuando otros chicos de mi edad o de la edad de mi hermano mayor, Art Jr., venían a casa, mi padre los entretenía contándoles historias que él mismo se inventaba, protagonizadas por los siempre aventureros Terry Berry Boys. Las narraba como si de un serial se tratase, a un capítulo distinto por noche. Al acabar, fingía ser un animal aterrador y los niños del vecindario se tiraban sobre él para atacarle. Papá se cubría como un boxeador; eso señalaba el final. «Se acabó, chicos», decía, y entonces los niños eran acompañados a sus respectivas casas mientras Art y yo nos íbamos a la cama. Por supuesto, Art siempre encontraba el modo de darme una paliza, a menudo, en lo que llamábamos «el club»; que era, de hecho, el «desván» en la tercera planta, donde compartíamos un cuarto de juegos.

Le gustaba sentarse sobre mi espalda, agarrarme por la barbilla y comprobar hasta dónde podía doblarme el cuello hacia atrás. Creo que él sentía que me lo merecía, porque pensaba que toda la atención y la devoción de mi madre, Tress, iban dirigidas hacia mí y que él no se llevaba más que las migajas. La gran diferencia entre Arthur y yo era que a él no le preocupaba, en última instancia, la distinta relación que teníamos cada uno con nuestra madre. Siempre pensó que, de entre todo lo que Dios podría haber dispuesto para él, le había concedido una situación inmejorable. Mi herma-

no optó por recordar las cosas buenas de nuestra infancia, mientras que lo que persiste en mí son los fracasos y todo aquello que salió mal.

Pasábamos mucho tiempo en el cuarto de juegos; allí hacíamos los deberes, y Art ensayaba con su batería mientras yo ponía discos en la Victrola y me sentaba a leer cómics. Nuestro «club» resultaba más acogedor que la lujosa sala de estar en el piso de abajo, en la que nadie «estaba» nunca realmente. Podría decirse que mi concepto de «decoración» parte justo de aquel escaparate cuidadosamente amueblado. Mi madre estaba muy orgullosa del aspecto de aquella salita; para mí, su gusto era frío, algo así como lo que hoy denominamos «Bloomingtondale's Modern».<sup>1</sup> Todo estaba prolijamente cuidado, diseñado para la apariencia, no para el confort. Desde un buen principio, ella había decidido cubrir el suelo de moqueta negra, para luego comprarse un perro spitz blanco ya que



Paul y Arthur Jr., circa 1929

1. Un estilo de decoración popular entre las clases medias-altas de Estados Unidos, consistente en amueblar y decorar una estancia tal como viene prediseñado en el catálogo de grandes almacenes como el mismo Blomingtondale's o Macy's. (*N. del T.*)

combinaba muy bien con el enmoquetado. Sobra decir que, cada vez que el perro se movía, dejaba tras de sí un rastro de pelo blanco.

Junto a la sala de estar se encontraba el comedor propiamente dicho, donde durante años compartimos casi todas las comidas; prácticamente no se daba conversación alguna, y las cenas podían llegar a ser algo doloroso. La mesa era de madera taraceada, siempre cubierta con un mantel de lino. Cada noche se disponía en ella una bonita vajilla. Nos sentábamos, con mi padre haciéndolo siempre el último. A menudo lucía chaqueta y corbata, como si no le hubiese dado tiempo a cambiarse tras el trabajo; en ocasiones, aparecía en albornoz. Aunque teníamos sirvienta, era mi madre la que repartía los platos, sirviéndonos puré de patatas y carne y verduras cocinadas de forma muy simple. Antes de empezar, mi padre proponía alguna clase de brindis; mi hermano y yo entrechocábamos nuestros vasos de agua.

En algún momento, mamá decidió que ya no quería seguir planchando aquel mantel, así que hizo que nos mudásemos a la mucho más pequeña mesa para el desayuno que había en la cocina. Mi padre no estaba de acuerdo con aquel cambio, por lo que siguió comiendo en el comedor, solo. El postre consistía en pudín o pastel —mi madre era una muy buena repostera— y, al acabar, mi padre murmuraba un «Disculpadme» y subía al piso de arriba a leer (nunca se cansó de la *Encyclopaedia Britannica*, que leyó de principio a fin más de una vez) o a echarse una siesta. Art y yo ayudábamos a recoger los platos, luego subíamos al cuarto de juegos, hacíamos palomitas y bebíamos té helado o refrescos.

También era en el comedor donde Art y yo nos dábamos de cabezazos contra la pared. Literalmente. Lo hicimos en secreto hasta que la hendidura resultante fue lo bastante grande como para que mis padres se percatasen. No eran golpes suaves, sino cabezazos contundentes que desconchaban el enyesado bajo el recubrimiento de la pared. Nos deberíamos de haber abierto la cabeza más de una vez. Era nuestro muro de las lamentaciones. No podía desahogar mi rabia con alguien de mi tamaño, así que lo hacía contra la pared. A día de hoy, me río cada vez que pienso en ambos, dos críos dándonos golpecitos en el hombro el uno



Arthur y Paul a mediados de 1930

al otro y diciendo: «Me toca»... «¡Después de ti!». Art era mayor, por lo que probablemente siempre iba primero. Al estar su cabeza quince centímetros por encima de la mía, nunca golpeábamos exactamente el mismo punto. (Años después, cuando regresé a casa tras la Segunda Guerra Mundial, examiné aquella pared y me asombró encontrar los grandes agujeros que hicimos allí.)

Nuestra casa albergaba los sonidos del conflicto constante. Podía tratarse de una guerra silenciosa, como el hundir de un cuchillo en carne humana, tan subrepticia y resuelta como comandos desplazándose en la noche callada. También podía ser explosiva y ruidosa, lo que por lo general significaba que mi madre había entrado en erupción. O que amenazaba con ello. Nuestra existencia consistía en esperar a que algo saliese mal, que alguien metiese la pata, que llegase el error y, a continuación, mi madre explotase. A veces estábamos ya en la cama y oíamos a mis padres discutir, gritarse el uno al otro. Oíamos como se rompían cosas. Hubo una pelea en la que mi madre descolgó un cuadro de la pared y se lo rompió a mi padre en la cabeza. Se trataba de una escena al pastel de ninfas retozando desnudas (que me había dedi-

cado a examinar varias veces con la ayuda de una lupa). Colgaba sobre el sofá en la sala de estar. Mi padre debió de quedar aturrido y con el marco alrededor de los hombros. Estoy seguro de que conllevaron mucho dolor, pero lo único que veo ahora en mi mente al recordar aquellas situaciones son escenas de dibujos animados.

---

---

Cuando tenía cinco años, Estados Unidos entró en la Gran Depresión. El ochenta y cinco por ciento de las tiendas de artículos deportivos fue a la quiebra y mi padre parecía sumido en la desesperación. La nuestra era una tienda de lujo en una época en la que nadie estaba comprando cosas así. Newman-Stern mantenía su oferta habitual y que la tienda siguiese abierta dependería del éxito o no de las ventas.

Llegados a cierto punto, los Newman nos quedamos sin dinero; recuerdo a mi padre yendo a Chicago a pedir que las empresas Spalding y Wilson le dejaran en depósito mercancía por valor de 250.000 \$; papá tenía una merecida reputación de persona íntegra, y los fabricantes sabían que en algún momento recibirían el pago por aquellos productos. Que sobreviviesen a la Depresión saliendo económicamente intactos fue un extraordinario ejemplo de la forma en que mi padre y el tío Joe llevaban sus negocios.

Todos contribuimos. Mi padre nunca dejó trabajar a mi madre, pero, aun así, ella despidió a la criada, cosa que a él le enfureció. Mamá dijo: «Ya me encargaré yo de limpiar, y me quedará el dinero que le pagábamos y lo dedicaré a comprar los muebles que quiero». Y eso fue lo que hizo. Se ocupó de lavar la ropa, hacer las camas y planchar, compró mobiliario nuevo o restauró el antiguo ella misma, incluso remendó cortinas y visillos. (Que mi padre nunca dejase caducar nuestra membresía al club de campo judío, el Oakwood, fue motivo de gran orgullo y un triunfo del mantenimiento de las apariencias.)

Por mi parte, empecé a trabajar en el almacén de Newman-Stern y, cuando fui algo más mayor, me trasladaron a la

zona de ventas. Vendí de todo: prismáticos, balones y equipo para jugar al tenis. Se me daba bien, era un vendedor honesto. Si alguien venía en busca de una bola de bolos y decía «Vaya, no sé si realmente necesito una nueva», le contestaba: «Si no la necesita, no la compre». Me gustaba trabajar allí.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Newman-Stern se dedicó también al comercio de excedentes del ejército. Un tipo se acercó por allí vendiendo cajas de visores de bombardeo Norden, un dispositivo futurista y que una vez fue alto secreto, que había facilitado a los aviones de la armada estadounidense el bombardeo de precisión sobre Alemania y Japón. Al parecer, el hombre no era capaz de deshacerse de aquel engorroso inventario suyo. Uno le echaba un vistazo a aquellos elaborados aparatos y pensaba: «¿Qué uso le daría nadie a algo así?». Pero el tío Joe (que había estudiado Ciencias Aplicadas en el instituto) y mi padre desmontaron aquellas máquinas y empezaron a resolver el rompecabezas. Había una parte del aparato en la que, al pulsar un botón, se ponía en marcha un potente motor eléctrico; improvisando y con algo de ingenio, con aquello se podría fabricar un relativamente barato sistema de cierre automático para puertas de garaje. Sus reostatos podían reciclarse para diversos usos en casa, y el visor contenía incluso un pequeño ordenador analógico.

Los hermanos pusieron un anuncio a página completa en el *Plain Dealer* de Cleveland donde se describía qué uso podría tener cada uno de los treinta y seis componentes del aparato. Durante tres o cuatro días, prácticamente no se pudo entrar en la tienda. La prestigiosa Case School de la ciudad hizo un pedido de dos unidades completas por 2.800 \$ cada una; lo que, por aquel entonces, era una tremenda cantidad de dinero. Fue una locura; se hicieron quizá unos 200.000 \$ de caja en apenas unos días.

Papá y el tío Joe estaban pletóricos. No tanto por el dinero como por haberse hecho con algo que estaba siendo ofrecido por todas partes y de lo que solo ellos supieron ver las posibilidades. Habían forjado su propio éxito. Aquella era la parte romántica de la venta minorista. Y los hermanos Newman eran unos románticos redomados.

No siempre había sido así; desde luego, no para mi padre. De joven, quería ser escritor; era lo único que deseaba, ciertamente. Poco después de regresar de su servicio en la Primera Guerra Mundial, se convirtió en el reportero más joven del *Cleveland Press*. Pero su hermano Joe le convenció de que se incorporase a un negocio de comercio de artículos deportivos que antes se había especializado en la venta de kits de experimentos eléctricos para niños, así como de micrófonos, transmisores y aparatos de telégrafo. (El gran paso a los artículos deportivos se produjo después de que el gobierno prohibiese la venta privada de equipos de telegrafía a resultas de la declaración de guerra al káiser en 1917.) Joe era el presidente de la empresa, y mi padre hacía las veces de secretario y tesorero a la sombra de mi tío. No tenía más reme-



Arthur Newman Sr. en su oficina, 1938

dio: estaba formando una familia, tenía muchas responsabilidades y era un hombre honrado, no podía depositar toda la carga económica en su joven esposa y no creía en el divorcio.

Acabó siendo un prisionero: preso de la tienda, preso de su propia polla, sin tiempo para reflexionar acerca de sus propias decisiones.

No creo que el trabajo le satisficiese. No creo que su reino fuese de su gusto. Como tampoco creo que le gustase su familia.

---

Mi madre, Teresa Fetzko, era una atractiva joven que había emigrado junto a su familia desde Europa del Este (lo que por aquel entonces era el Imperio austrohúngaro en proceso de desintegración y que hoy conocemos como Eslovaquia). Llegó a Estados Unidos poco después del cambio de siglo, siendo prácticamente una niña y vestida con harapos. Su familia era muy pobre, lo que contribuyó al miedo constante de mi madre hacia la posibilidad de perderlo todo. Aseguraba que su padre era profesor, pero, en realidad, ejercía de albañil. Su propia madre había muerto cuando era muy pequeña, y a los dieciséis años se casó con un chico de su edad, del que se divorció al poco, ya que, según decía, abusó de ella.

Cuando mi padre la conoció, mamá trabajaba de taquillera en el teatro Alhambra de Cleveland. Para poder salir con mi padre, que ya estaba mucho más asentado que ella, se convirtió del catolicismo romano a la ligeramente menos problemática (y quizá menos conocida por la familia de su pretendiente judío) Ciencia Cristiana. Pronto se quedó embarazada y, a pesar de la presión ejercida por los familiares de mi padre, el bebé (mi hermano, Art Jr.) nació y Arthur Sr. y Tress contrajeron matrimonio justo después. Mi padre lo hizo bajo coacción, y sospecho que, de no haber sido tan honrado, hubiese dejado a mi madre enseguida. No estoy seguro de si mamá simplemente le quería muchísimo, odiaba el aborto o tenía algún otro motivo para asegurar el matrimonio, pero ambos se las apañaron para estar juntos. Nací casi un año justo después de Art Jr., tras un embarazo durante el cual, al parecer, se discutió en un buen número de ocasiones sobre opciones alternativas al nacimiento.

Los Newman sintieron animadversión por Tress desde el primer momento. Por ser gentil y ellos judíos, aunque no practicantes. Por ser guapa. Por considerarla una libertina («¿No está di-

vorciada, acaso?»), una cazafortunas muy por debajo del estatus social y cultural de ellos (algo ciertamente irónico, ya que un par de generaciones atrás, los Newman eran vendedores ambulantes y hojalateros). Consideraban a la gente como mi madre una vergüenza. ¡Qué inferior debió de hacerle sentir aquello! ¡Qué apartada!

Mi padre, en esencia, era un hombre tímido que nunca, hasta donde recuerdo, tuvo relación alguna con la familia de su mujer. Cada dos semanas, mi madre nos llevaba a mi hermano y a mí a visitar a nuestro adusto y callado abuelo (donde la mujer de este nos daba de comer su maravillosa sopa de pollo), pero papá nunca nos acompañó; creo que solo llegaron a verse un par de veces. También estoy bastante seguro de que mi padre se enfadaba con nosotros por acompañar a mamá, ya que las visitas siempre tenían lugar en domingo; papá trabajaba seis días a la semana, por lo que aquellas excursiones lo dejaban solo en casa. El domingo era para él, de hecho, el día más desdichado. Y, aun así, no quería saber nada de mi familia materna; ni siquiera estoy seguro de que les permitiese poner un pie en nuestra casa. Eran los parientes pobres.

No es de extrañar, por tanto, que mi madre se volviese una mujer muy discreta, con apenas unas pocas amistades íntimas. Y si bien estaba entregada a su hogar y a su marido, en última instancia despreciaba ambas cosas y desconfiaba de su familia. Era la mujer más desconfiada que jamás pisó la faz de la Tierra, histérica ante la idea de nunca ser aceptada ni recibir parte de lo que, en justicia, le correspondía. Una sospecha que nos persiguió a lo largo de nuestras vidas.

Sí se volcó, sin embargo, en aquello que le apasionaba; aunque nunca en los objetos que habían generado en ella dicha pasión. Llegó a adorar la ópera, por ejemplo, y me llevaba a rastras a representaciones de Wagner, de cinco horas de duración, en el Severance Hall; la música le despertaba reacciones viscerales. De niño, si hacía alguna gracia o bajaba de mi cuarto especialmente bien vestido, en pantalón corto y jersey, un torrente de emociones fluía a través de ella, ya fuese en forma de lágrimas o de puro

gozo. No veía realmente al niño, tal como no atendía realmente a la ópera. Lo que ocurría en el interior de su cabeza y de su corazón no tenía nada que ver con Wagner o conmigo, sino, única y exclusivamente, con su propio éxtasis desbordado. Uno acababa suplicando que le dejase ir. Y, si el niño se las ingeniaba para huir o la música se detenía, ella no los echaba de menos; sus emociones seguían fluyendo, alimentándose de ellas mismas hasta consumirse. Solo entonces preguntaba: «¿Dónde ha ido el niño?» o «¿Quién ha apagado la música?».



Arthur y Tress en 1921

En lo sexual, podrían haberle retirado a la pareja y, aun así, su pasión hubiese seguido adelante hasta que ella se corriese y, a continuación, preguntase: «¿Dónde ha ido?». Hablar así de la madre de uno es algo horrible, lo sé, pero me parece tremendamente divertido... Y muy triste.

A menudo visualizo en mi mente una escena en la que soy un niño pequeño, siento dolor por haberme clavado una astilla en un dedo y mi madre me rodea con sus brazos, me aprieta y me manosea hasta que me exprime la vida entera. Cuando se da cuenta de que he muerto grita, desconcertada: «¡Pero si solo estaba tratando de consolar al pobre infeliz!».

Yo era como uno de aquellos perros de mierda suyos, que acabaron comidos por el cáncer y tan obesos que prácticamente no podían moverse, y, aun así, ella los seguía alimentando con chocolate hasta asesinarlos con su bondad. Mi madre no tenía conciencia alguna del daño que provocaba. Su necesidad de dar cariño no solo sobrepasaba al objeto sobre el que lo proyectaba, sino que lo anulaba y eliminaba del conjunto. Para mi madre, sus perros eran análogos a sus hijos, a esos elementos decorativos que corrían de acá para allá llevándose toda la atención mientras el huérfano en su interior trataba de evitar ser aplastado por la decoración misma. Ese huérfano para el que tuvieron que pasar cincuenta años antes de que fuese capaz de tomarse un momento para empezar a gestionar aquello.

Ella nunca contempló a los perros en sí mismos, solo veía en ellos su propia bondad. Y estaba tan desbordada y tan enamorada de ella que seguía y seguía envenenando a aquellos animales hasta que se derretían como helado e iban arrastrándose hasta una esquina de la sala de estar para hacer compañía a las bolas de pelo que ellos mismos habían dejado en la moqueta negra.

---

---

LUCILLE NEWMAN, TÍA DE PAUL, ESPOSA DEL  
HERMANO DE ARTHUR NEWMAN JR., JOE

Los chicos Newman, Paul y Arthur Jr., deberían entender que tanto su madre como su padre eran personas enfermas. Enfermas en tanto jamás estuvieron en paz, en paz verdadera, y estaban continuamente abatidos.

Si Art Sr. hubiese intentado divorciarse de Tress, esta, debido a su carácter, hubiese tratado de hacer algo totalmente irracional. Era una persona muy solitaria, y muchas de sus acciones resultaban directamente crueles.

No sé qué clase de vida hubiese llevado Art Sr. de haberse casado con otra mujer; entre ellos había una atracción tremenda. Para Tress, su marido representaba alguna clase de seguridad. No sé si lo que sentía por él era amor o no. No creo que pudiese amar nada más que a aquel perro gordo y ciego al que daba de comer caramelos.



Uno de los efectos que el matrimonio pudo tener sobre mi padre fue el empezar a beber en secreto hasta volverse alcohólico. Siempre creí que la causa de la muerte de papá en 1950 fue el cáncer. Pero hace poco revisamos los resultados de la autopsia y descubrimos que el principal factor de su fallecimiento a los cincuenta y cinco años fueron los efectos del alcohol sobre el páncreas.

Su rutina consistía en lo siguiente: Newman-Stern cerraba a las 5.30 de la tarde; mi padre tardaba exactamente veinte minutos en caminar desde allí hasta la Terminal Tower en el centro de Cleveland, donde tomaba el tren de cercanías hasta Shaker Heights; le sobraban unos siete minutos para hacer una parada en Fred Harvey's, el bar al que solían acudir los hombres de negocios de la zona al finalizar su jornada laboral, y apurar un par de copas, dos búrbones con agua; luego se apresuraba a coger el tren y, al llegar a casa, subía directamente a su habitación en el piso de arriba, donde guardaba en el armario una botella de burbon, y se servía otro doble.

BABETTE NEWMAN FUE UNA DE LAS CUÑADAS DE  
ARTHUR NEWMAN SR.; SE CASÓ CON SU HERMANO  
AARON

STEWART STERN FUE UN PREMIADO GUIONISTA Y  
UNO DE LOS AMIGOS MÁS ÍNTIMOS DE PAUL

LUCILLE NEWMAN: Tress me contó que Arthur solía hacer cosas como esta: digamos que era un día de fiesta, los niños estaban ahí, por supuesto, y se habían vestido para la ocasión y ella había preparado un almuerzo especial, había dispuesto la mesa de forma bonita y todo lo demás, entonces él subía a la habitación y se ponía la ropa más sucia y vieja que encontrase y bajaba de nuevo a sentarse a la mesa hecho un desastre.

BABETTE NEWMAN: Es algo tan, pero tan triste. Dan ganas de llorar.

LUCILLE NEWMAN: Terrible.

STEWART STERN: Pero ¿era algo así como una queja? ¿Hacia sus ganas de perfección? ¿Creéis que quizá quería ensuciarlo todo un poco para que resultase más habitable?

BABETTE NEWMAN: Bueno, es cierto que jamás vi a Tress siendo otra cosa más que perfecta. Tenía un cabello precioso.

LUCILLE NEWMAN: Incluso al final de sus días, se ponía peluca.

BABETTE NEWMAN: Quizá era eso de lo que él se quejaba, sí.

---

---

Entre las casetas a lo largo de la línea de cercanías había algunos quioscos en los que se podía comprar revistas, caramelos, chicles y, a partir de cierto momento, cervezas de 3,2° de alcohol. Se llamaba cerveza Fort Pitt, y su etiqueta mostraba indios y vaqueros. La tarde de un domingo, Arthur y yo, que deberíamos tener once o doce años, convencimos a mi padre de que nos comprase

una de aquellas botellas. La llevamos a casa, la abrimos con gran ceremonia y brindamos. Di el primer sorbo y pensé: «Dios, ¿qué es esta porquería? ¿Cómo puede alguien beberse algo que sabe así?». Fue asqueroso. A mi padre no le importó. «La queríais. La pedisteis. No os ha gustado. Ahora más vale que os la acabéis.» Apuré la mía de un trago y me juré a mí mismo que nunca volvería a probar un solo vaso de cerveza.

No creo que ni Art ni yo viésemos jamás a mi padre verdaderamente borracho. Éramos conscientes de que antes del almuerzo ya iba entonado, y años después encontramos un puñado de botellas vacías escondidas en un entretecho junto al sótano. Eso explicaba por qué bajaba tan a menudo a comprobar la caldera. Algo que también hallamos tiempo más tarde fue montones de colillas disimulados. Aunque a Arthur y a mí nos reñían de vez en cuando por colar cigarrillos en nuestro *club* de la buhardilla, resulta que mi padre también se fumaba los suyos de tapadillo, mientras prometía a mi madre que no lo hacía.

---



---

### LUCILLE NEWMAN

Cuando, para el funeral de Tress, Paul volvió con Arthur a echar un vistazo a la casa, iban en busca de dos cosas: comprobar si seguían ahí tanto el agujero en la pared que habían hecho golpeándose la cabeza como el hueco en el que escondían los cigarrillos por miedo a que les atrapasen fumando.

---



---

Nunca quise que las siguientes generaciones de Newman fuesen haciendo cosas en secreto por casa. Si mi hijo, Scott, fumaba marihuana, yo la fumaba con él. En los últimos años me he preguntado si los serios problemas con el alcohol que acabé padeciendo, así como el terrible sufrimiento de Scott, derivado de sus adiccio-

nes, no era en parte algo heredado; los hombres Newman tenemos mala sangre. También pienso a menudo en si el alcoholismo de mi padre tuvo alguna relación con las dificultades de comunicación entre él y yo.

Mi recuerdo más vívido de mi padre (y el que mejor refleja nuestra relación) fue algo que tuvo lugar cuando yo debía de contar unos doce años. Era domingo y mi padre me dijo: «Vamos a dar un paseo». Yo estaba encantado, asombrado ante aquella oportunidad. Caminamos y caminamos, pero no se me ocurría qué decir que pudiese despertar su interés. Tampoco él parecía capaz de dar con algo que provocase en mí alguna clase de respuesta. A lo más que llegábamos era a intercambios retóricos como «¿No es bonito ese árbol?» o «¿No es bonita esa boca de riego?». Anduve de lado, medio a saltos, mirándolo, y él se limitaba a asentir con la cabeza. No compartimos un solo pensamiento.



Arthur Jr. y Paul en Shaker Heights, circa 1928

Los niños solo llegan a conocer a sus padres haciéndoles preguntas. A no ser, por supuesto, que mamá y papá sean parlanchines y de

los que cuentan anécdotas, algo que yo nunca he sido. Mis propios hijos quedaron fascinados una vez empecé a hablarles; pero, si no eres muy hablador y ellos no te preguntan, entonces ¿qué?

Una tarde, jugando al beisbol, estaba tratando de atrapar una bola, pero fallé y caí sobre ella; me torcí el tobillo de forma bastante grave. Era casi hora de cenar, y prácticamente me arrastré hacia casa. Mi padre, que acababa de salir de la estación de cercanías de vuelta del trabajo, pasó a mi lado. Le pedí ayuda y contestó: «¿Estás de broma?», y siguió caminando. Probablemente, pensó que estaba siendo un quejica. A la mañana siguiente, con el tobillo hinchado hasta adquirir el tamaño de un pomelo, me llevaron al hospital. Resultó que estaba roto.

En casa se tenía la insatisfactoria sensación de que no era capaz de hacer nada a derechas. Mi padre se mostraba despectivo conmigo, poco interesado en mí; en su voz había siempre una nota de sarcasmo. Supongo que dejó de tratar de ser un modelo para mí, ya que se sentía superado por las circunstancias. Por mi parte, no me esforcé demasiado en convertirme en un hombre culto, porque, de alguna extraña manera, sabía que no podría serlo nunca. Cuando leímos a Schopenhauer en la escuela, no solo fui incapaz de recordar nada de lo que decía, sino tampoco llegué siquiera a entender. Años más tarde, cuando Joanne y yo nos hicimos amigos de Gore Vidal, me resultaba muy difícil relacionarme con alguien capaz de hablar de forma tan inteligente sobre tantos temas: los escritores americanos, los griegos, los romanos, el teatro francés... Siendo yo prácticamente analfabeto. Llegué a convencerme de que padecía alguna clase de discapacidad que me dificultaba la atención, escuchar a los demás, leer más rápido de lo que hablo e incluso memorizar. Por la razón que fuese, nunca hice nada destacable a nivel académico, nunca hice nada de lo que mi padre estuviese orgulloso.

Solo podía lograr alguna clase de sensación de triunfo a través del trabajo, ganando dinero. Quizá fuese lo único que de verdad satisfacía a mi padre; le demostraba que podría llegar a ser independiente, que sería capaz de encontrar algún otro empleo por mí mismo. Creo que, además, estaba desesperado por independi-

zarme, por huir de la sensación de cuidado constante en casa. Algo fundado, ya que, en efecto, se nos cuidaba constantemente; no recuerdo que ni mi hermano ni yo tuviésemos que recoger o limpiar nunca nada. Desde luego, trabajaba mucho. Realizaba entregas para la floristería y la tintorería, cargaba barriles de pepinillos y cajas de Coca-Cola arriba y abajo de las escaleras del colmado, e incluso ejercí de vendedor a domicilio para Fuller Brush. Solicité el empleo a los trece años, y fui un rubito demasiado pequeño y cargado con una maleta llena de muestras del mismo tamaño y peso que yo mismo.

La mía era una ruta perfecta, sin embargo, en un barrio obrero al final de Kinsman Road. Mi madre me recogía después del colegio, me dejaba allí junto con mis bártulos y pasaba a buscarme de nuevo tres horas más tarde. Kinsman era donde los obreros tenían su hogar, y todos necesitaban lo que yo vendía: escobas, cepillos para el pelo, cepillos de dientes, escobillas... Hasta sesenta productos diferentes, de excelente calidad y mucho más baratos que en cualquier tienda. No tenía mucha labia, pero tampoco debía recorrer demasiada distancia entre una casa y la siguiente, y acabé ganando unos cuarenta dólares a la semana.

Recuerdo llamar al timbre de una de aquellas casas y que abriese la puerta una joven, de unos veinticuatro años, preciosa y vestida únicamente con unas enaguas que casi dejaban asomar sus pechos; parecía ligeramente borracha y hecha polvo. «Pasa, muchachito», dijo, y de inmediato sentí que aquello no era normal y que poco tenía que ver con su interés por mis productos Fuller Brush. Calculé rápidamente mis posibilidades de sobrevivir a aquella mujer y hui, arrastrando la maleta sobre un costado y dejando caer las muestras mientras corría.

Quizá el trabajo que más me marcó fue el de repartidor de periódicos. Se me daba muy bien montar en bicicleta y mi ruta quedaba cerca de casa. En el bulevar de Shaker Heights había verdaderas mansiones —que a día de hoy deben de venderse por millones de dólares— directamente sacadas de *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald, con sus bellas mujeres luciendo vestidos de verano, de una elegancia patricia y una gracia y gestos naturales. Desarrollé

una auténtica ansia por ser rico. *Inmensamente* rico. Adquirí aquel anhelo de haber visto a todas aquellas personas mientras repartía periódicos. Y parecía algo tan lejano e inasequible, simplemente fuera de mi alcance.

---

---

ARTHUR NEWMAN JR

Paul acabó siendo una persona llena de motivación, energía y que disponía de muchos recursos, algo que quizá le venga de haber sido un chico resuelto a escapar por sí mismo de su entorno. Quizá todas esas cosas respecto a su infancia y su dominante madre que le rondan por la cabeza fueron la semilla de esa motivación, energía y recursos. Partiendo de esa proactividad, ¿qué podría pasarle? Pues que alcanzase el éxito.

---

---

Art y yo teníamos un amigo, Dick Goss, de familia muy adinerada; llevábamos desde siempre oyendo que su padre, el coronel Goss, había hecho fortuna desarrollando armas para la guerra química durante la Primera Guerra Mundial. Además de la casa en Shaker Heights, eran dueños de una plantación en el sur y varias residencias de verano en el norte. Un día, después de clase, fui de visita y, curioseando por su biblioteca, vi que ya habían colocado el nuevo árbol de Navidad, cubierto de luces... Y del que colgaban billetes de cinco y diez dólares. Cuando la señora Goss, una mujer de aspecto muy digno, que estaba leyendo en un rincón, me vio, dijo: «Buenas tardes, Paul». Le contesté: «Disculpe, señora Goss, pero ¿podría explicarme, por favor, qué hacen todos esos billetes de cinco y de diez en su árbol de Navidad?».

Su respuesta exacta fue: «Para probarle a Dick que el dinero no crece de los árboles, sino que alguien lo pone ahí».

Aquello me dejó huella, desde luego.

STEWART STERN

¿Qué llevaría a los niños de esa casa a darse cabezazos contra la pared?

Paul nunca supo qué iba a golpearle ni cuándo, ya que —aunque Tress se sentía inmensamente orgullosa de él y de su atractivo, y lo vestía como lo hacía al decorar algún rincón de la casa—, su madre, de repente y sin que él pudiese siquiera comprender por qué, le atacaba de forma salvaje con un cepillo e, inmediatamente después, lo asfixiaba de amor. Paul no la conocía ni tenía idea de quién se pensaba ella que era él. ¿Cómo sobrevivió?

Paul me contó que, a menudo, se siente anestesiado por cómo ha bloqueado gran parte de su infancia, que no recuerda la mayor parte de ella. Ha estado buscando la respuesta al enigma de su ser —por qué está tan distanciado de sus emociones que, hasta hace bien poco, apenas podía sentir; sentirse un poco triste, sentirse un poco feliz—, pero tampoco se ha permitido nunca sentir las cosas hasta sus últimas consecuencias.

---

---

JEWELL FETZCO,  
HERMANA DE LA MADRE DE PAUL, TRESS

Antes de que Tress conociese a Art Sr., se casó con un fontanero llamado Elmer. El hombre era locamente celoso; solo con que ella mirase a otra persona, se desataba el infierno. Le pegaba palizas terribles. Un domingo, fui a verla y su rostro estaba tan deformado que no podías asegurar que se tratase de ella. «¿Qué ha pasado, Tress?», le pregunté. No dijo más que: «Bueno, me he metido en un pequeño lío».

Elmer era un seductor atractivo, de cabello oscuro, con bigote y en buena forma. Pero más malo que la tiña. Tanto mi hermana

Mae como yo le dijimos a Tress que iba a acabar matándola, que debería divorciarse. Le daba muchísima vergüenza, pero accedió a acompañarnos a los juzgados para que un juez y un abogado pudiesen ver en qué estado se encontraba tras la paliza. Se fue a vivir con Mae unos seis meses mientras se llevaba a término el trámite; cuando regresó a casa una noche, todas sus cosas y sus muebles, salvo un colchón en el que poder dormir, habían desaparecido. Se puso a gritar.

La volvimos a acompañar a ver al abogado al día siguiente, y consiguió una orden para que Elmer se lo devolviese todo. Poco después, el divorcio se hizo oficial.

Tress se enamoró perdidamente de Arthur nada más conocerlo. Que fuese judío no significaba nada para ella; no le importaba si ninguna de las dos familias estaba de acuerdo con aquello o no.

Creo que Arthur también estaba enamorado de ella. Tress dijo: «Le echaré el lazo».

Y así lo hizo.

---



---

## BABETTE NEWMAN

Arthur salía con una mujer muy guapa antes de conocer a Tress, de la que estaba muy enamorado. Ella lo rechazó y él se casó con Tress de rebote. Tress se parecía mucho a aquella mujer.

---



---

## JEWELL FETZCO

Tress vivía sola en un apartamento estando ya embarazada de Arthur Jr. Nuestra madre me mandó que me quedase con ella. No sabía qué estaba pasando. «¿Dónde está Arthur? —pregunté—. ¿Por qué tengo que quedarme aquí contigo?»

Era una niña bastante tonta. A Tress se le empezó a notar, no quería hablar de ello. Me limité a ni siquiera mencionarlo. Cuando finalmente me contó que estaba embarazada, añadió que la familia de Arthur no la aceptaba y que por eso él no vivía con ella. Recuerdo que lloró mucho.

---

---

LUCILLE NEWMAN

Tress era guapa, brillante y tenía mucho talento. Pero su escala de valores no era la de cualquiera; prefería sacrificar a otras personas antes que su casa o cualquier cosa que esta contuviese. Tress tuvo que dejar su hogar muy joven, y lo único que deseó siempre fue la seguridad de uno propio. Se empeñaba tanto en mantener esa seguridad intacta que ni siquiera permitía que alguien entrase en su casa a limpiar, pintar o empapelar las paredes. Al vender, muchos años después, el sitio, llegó a quedarse con la lámpara de candelabro, sustituyéndola por otra, ya que aquella formaba parte de su ser. Una vez me regaló seis ensaladeras. Pocos días después, me llamó y preguntó: «No necesitas seis, ¿verdad?», y se llevó cuatro de vuelta.

Cuando Scott Newman era solo un niño, se quedó encerrado en uno de los lavabos de la planta de arriba. Tress se negó a que Paul rompiera la puerta, y tuvimos que llamar a los bomberos para que entrasen por la ventana a sacar al crío.